Lágrimas

«Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.»

NO vamos a llenar esta página con un canto fúnebre. Al nombrar las lágrimas no os invitamos a una meditación triste y dolorosa. Para nosotros tienen tal valor, que pasan de la ilusión que anonada para tomar la forma del heroísmo que engrandece. Literariamente se han dicho cosas bellísimas de ellas; los poetas les dedicaron sus mejores estrofas y en la vida —en esta vida en que se hace guasa de todo— fueron las únicas que escaparon de su profanación.

Hablamos de las lágrimas, no de los gritos húmedos, mezcla de dolor y nervios, ni de los sollozos, choque de la naturaleza con los sufrimientos; de estas lágrimas silenciosas que dejan surco en las mejillas. De este sudor cristalino del alma en su constante trabajo de purificación.

Es un error creerlas signo de debilidad. San Pedro, el santo de los grandes arrebatos, se sintió más hombre cuando supo derramar lágrimas de arrepentimiento. Y la Magdalena —la mujer que lloró toda su vida los pecados de sus años de juventud— puede decirnos cuanto fuerza tiene esta lluvia sobrenatural capaz de borrar sangre de crímenes y manchas de impureza, las dos señales que sólo la justicia de Dios puede limpiar.

La belleza del llanto sólo la conoce el que experimentó su consuelo. Lluvia celestial que hace nacer frutos de virtudes cuando riega suave semillas de dolor.

«Los ojos no ven mientras lloran, pero después ven mejor», ha dicho un pensador de nuestros tiempos. Es dolorosa la certeza de tener que purificar la vista con las lágrimas para vislumbrar las cosas en su profunda realidad. Si no es posible conocer a los hombres antes de haber experimentado sus desprecios, tampoco es posible amarlos plenamente antes de haber pagado con lágrimas el tributo de su amistad.

La amatgama misteriosa de sonrisa y lágrimas sólo la gozan los que supieron el secreto del dolor; el dulce secreto de encontrar felicidad donde los demás ven desgracia. En el fondo de todo dolor tiene su asiento la fe, que nos habla de merecer en esta vida para gozar después. Y este deseo, el de la futura recompensa, hace suave y llevaderos los sufrimientos temporales, moneda con la que se compra una feliz eternidad.

Nuestra naturaleza se rebela ante el llanto porque es la sombra que proyecta el dolor; sin embargo, también las lágrimas pueden ser el rebosar de una felicidad que no nos cabe dentro. La madre sabe mucho de esto. A veces una canción acuna en su seno corazones oprimidos; a veces una lágrima tiene más sentido que muchas palabras de amor.

Nos encontramos en el mes del recuerdo. Noviembre suena a ultratumba; por eso está dedicado a los que se fueron, a los que ya anduvieron el camino que nos separa de la eternidad. Quisiéramos que esta página fuese el pañuelo que engujase lágrimas de madres, esposas e hijas. Os invitamos a meditar con recogimiento, pero sin tristeza. El dolor no es castigo, sino salvación. Las penas no deben ser la carga que nos imposibiliten la marcha en pos de la felicidad, sino alas que nos eleven raudas hacia ella.

No tratamos de reproducir frases literarias, sino realidades concretas. La vida es, sí, dolor y sacrificio, pero es también algo más; el que no quiera comprenderlo se amargará inútilmente. ¿Qué sacan los incrédulos de su desesperación ante el Destino —como ellos le llaman—? El Cristianismo ha sido más sabio, ha descubierto el secreto de la felicidad y del dolor —que es lo más aborrecible de la naturaleza—, ha sabido hacer purificación y esperanza.

El Cristianismo se inclina ante las tumbas, pero no lo hace con el anonadamiento del que cree que allí está encerrado todo lo que era amor y vida, sino con la entereza del que sabe que aquella losa es puerta de una vida mejor, y cuando sus manos colocan flores terrenas sobre ella su corazón lanza al cielo flores sobrenaturales con aromas de oración. Así, mediante la fe, ve luz tras de las nubes y mediante la esperanza goza por adelantado de la claridad de esa luz; así sabe decir con el filósofo: «No son tan amargas las lágrimas cuando en ellas se refleja el cielo: ¡ah si supiesen los hombres que nuestra felicidad depende de la dirección de nuestras miradas!...»

María Isabel Pedrero,